

Número 75

REPUBLICA DE COLOMBIA

Junio 1.º: 1912

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMXII

CONTENIDO

- Oración fúnebre de la Santidad del
Sumo Pontífice León XIII, leída
en la Catedral primada de Bo-
gotá el 11 de Abril de 1903..... R. M. CARRASQUILLA
- Reforma ortográfica.
- Un sudamericano GONZALO ARBELAEZ R.
- Dos años después..... ALBERTO ABELLO PALACIO
- El mapa de Colombia en relieve... JULIO GARAVITO A.
- Dormido sobre el altar.
- El entierro del Minnisink RUPERTO S. GOMEZ
- ACTOS OFICIALES—Informe del Rec-
tor del Colegio.
- Homenaje de la Academia Colom-
biana a don Rafael Pombo.
- Don Rafael Pombo. Nota literaria LUIS MARÍA MORA
- Discurso del señor don Antonio
Gómez Restrepo, en representa-
ción de la Academia Colombi-
ana, ante el cadáver de Rafael
Pombo.
- Rosas y lirios..... ANGEL MARÍA SAENZ
- La lotería RAFAEL POMBO

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Junio de 1912

Habiéndose agotado la edición de la Oración fúnebre de León XIII, pronunciada por el doctor R. M. Carrasquilla, a raíz de la muerte del Pontífice, algunos suscritores de nuestra REVISTA nos han rogado que la reproduzcamos en estas páginas, más que por razones de mérito literario, por la importancia del asunto.

ORACION FUNEBRE

DE LA SANTIDAD DEL SUMO PONTÍFICE LEÓN XIII
LEÍDA EN LA CATEDRAL PRIMADA DE BOGOTÁ EL 11 DE AGOSTO
DE 1903

Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

El que practique y enseñe, será llamado grande en el Reino de los Cielos—MATT. v. 19.

*Ilustrísimo señor
Excelentísimo señor*

Una vez más me corresponde la triste, aunque edificante tarea de dictar ante vosotros, desde esta cátedra, las lecciones fecundísimas de la muerte. Sólo que hoy no se trata de un padre de familia que haya partido dejando viuda la esposa, sin apoyo los hijos, enlutecido el hogar, ni de un prelado diocesano cuya grey haya quedado huérfana de pastor, ni de un repúblico insigne, bienhechor de la patria; no es una familia sola, ni sólo una diócesis, ni una nación siquiera; el orbe de la tierra es quien se ha estremecido al oír la noticia infausta: el Papa León ha muerto!



Cuando el Angel de la Eternidad, por orden de Dios, se inclinó respetuoso sobre el lecho del Pontífice moribundo y cortó suavemente el último hilo que ligaba aquella alma poderosa con el endeble cuerpo, la campana mayor de la basílica de San Pedro vibró en los aires, la siguieron las de las cuatrocientas iglesias de la Ciudad Eterna; y, así como al caer la piedra en el estanque se van formando ondas concéntricas que llegan hasta las riberas, así aquel tañido de tristeza fue extendiéndose por el universo entero; y asordaron los dobles de los broncees desde las torres caladas de las grandes catedrales góticas, y les respondió el esquilon agudo, medio oculto bajo el alero de la capillita de cañas y juncos alzada por el misionero en los grandes lagos donde nace el Congo, o al pie de la imponente mole coronada de nieve, que es cuna del Nilo portentoso.

A este concierto seguirá otro más digno del Pontífice; el de los elogios a su memoria, el de las lágrimas sobre su sepulcro. Partirá el panegírico de los pulpitos de las iglesias y de la tribuna de los parlamentos, de los palacios de los obispos y de las cancillerías de reinos y repúblicas; se hallará en boca de creyentes e incrédulos, grandes y pequeños, sabios e insipientes. Pasará por las columnas de las hojas volanderas y quedará en las páginas perennes de los libros. Hijo por el bautismo, la fe, las esperanzas, de la única sociedad *católica* que existe; esposo suyo por la elección al episcopado; padre por la enseñanza y el gobierno, participa el Pontífice de las dotes de la Iglesia Romana y alcanza renombre como ella universal, como ella indefectible.

Se ha dispuesto que una yo mi palabra débil a este imponente homenaje de alabanzas.

A veces, cuando apretado concurso colma la vasta nave de una iglesia, un niño pequeñito, en pie, juntas las manos entre las de su madre, que arredillada le rodea con los brazos, balbuce una oración, repitiendo las palabras que le van dictando los labios maternos. Aquella ple-

garia infantil se pierde entre el coro de las voces adultas innumerables, pero llega al trono de Dios sola y distinta, porque El oye las súplicas de los pequeñuelos.

Cuando el agricultor envía la tropa de robustos labradores, a confiar la semilla al seno de la tierra revuelta por el arado, acaso alguna avechilla deja caer en el surco un grano de trigo de los que lleva en el pico. Ese grano, cubierto luego, fecundado por el sol y la lluvia de Dios, germina como los demás, a pesar de la exigüidad del sembrador, y produce una o más espigas doradas, cuyos frutos van también a las colmadas trojes del padre de familia.

El elogio que voy a hacer será también una oración, un hacimiento de gracias al Padre, autor de todo don perfecto, porque hizo al Vicario de su Hijo tan grande y tan santo; y será plegaria no sólo de los labios, sino del corazón de quien, aunque pérdidas hace años la inocencia y la frescura de la niñez, conserva algo de las ilusiones y mucho del cariño hacia todos los suyos, propios de los años infantiles. Dirá su oración repitiendo lo que aprendió de bocas más autorizadas que la suya, y procurando no apartarse de la Iglesia, su madre, cuya ternura reclama no por bueno, sino al contrario, porque necesita de sus cuidados y mimos.

Será esta oración la simiente de la palabra evangélica, que todo sacerdote tiene obligación de sembrar en los corazones cristianos, y si halla en este auditorio, por muchos títulos ilustre, alguno que la quiera recibir, producirá, fecundada por la gracia de Dios, no obstante la exigüidad del sembrador, frutos de amor divino, de adhesión a la Iglesia Romana, de anhelos por imitar, aunque de lejos, en estos tiempos de pequeñez, la grandeza del finado Pontífice; en época de rejalación y de pecado, sus virtudes sobrehumanas.

La semilla que pretendo sembrar es distinta de la que he regado en otras ocasiones. La oración fúnebre cristiana, género de oratoria que no desdeñaron Gregorio Na-

cianceno, el más teólogo, y Juan el Crisóstomo, el más elocuente de los Padres de la Iglesia, es, ante todo, un acto de justicia, elogio a los méritos de los servidores de Dios, preparación remota a la sentencia severa de la historia, sentencia nunca despreciable, porque suele ser precursora fiel de otra sin apelación que pronunciará Cristo, Hijo de Dios vivo, cuando venga al fin de los siglos, rodeado de sus ángeles, sobre las nubes del cielo, a juzgar a los vivos y los muertos.

Es también la oración fúnebre un lamento ante la horrible desproporción que media entre los designios de los grandes hombres y el breve espacio de la vida de que disponen para realizarlos; ante lo imposible de que el varón ilustre deje sucesor digno de sí; ante el hundirse de los proyectos más grandiosos, de las más colosales empresas.

Por fin, sobre todo en boca de legítimo Obispo de Meaux, es lección severa a los poderosos de la tierra sobre "la pequeñez de la grandeza humana," sobre la vanidad de todas las venturas, de todas las excelsitudes de este mundo.

Nada de lo dicho es de aplicación estricta en el caso del Pontífice difunto. La gloria de un Papa—y entre ellos se cuentan los varones más insignes con que la especie humana se ilustra—iba a decir que se eclipsa ante la de la Iglesia de quien es Jefe, ante la de Cristo, a quien representa sobre la tierra. Pero nó: la luz que despiden los papas es un rayo del foco intenso y purísimo que, partiendo de Cristo, se refleja en esa esposa suya que, al decir de San Pablo, *no tiene mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que es santa e inmaculada* (1). La historia de los pontífices romanos no es una serie de biografías: es la historia completa de la Iglesia. Y, viceversa, no puede escribirse ella sabia, filosóficamente, si no se compone de las vidas de los sucesores de San Pedro.

(1) Ephes., v, 27.

Cada uno de ellos, cualesquiera que sean la alteza de sus miras, la amplitud de sus planes, la brevedad de su reinado, deja su carrera perfectamente terminada, y a ninguno faltó cosa alguna grande por hacer. Cristo encomendó a Pedro—a él solo—que apacentase los corderos y las ovejas (1); rogó por él para que no faltase su fe (2), y prometiéndole estar a su lado todos los días hasta la consumación de los siglos (3). Sin embargo, pocos años después, Pedro murió crucificado en la cima del Janículo. ¿Qué de las promesas del Redentor? Hánse cumplido en toda su extensión. "Pedro, dice el Concilio Vaticano, hasta la época presente y en todo tiempo, vive, gobierna y juzga en la persona de sus sucesores los obispos de la santa Iglesia Romana, por él fundada y consagrada con su sangre." (4) La labor de cada pontífice es un episodio de la vida de Pedro; los papas se suceden, el Papa es siempre el mismo. Son ellos los anillos de oro de la cadena forjada por Dios mismo, y que empieza el día en que Jesús, en carne mortal, entregó a Simón, hijo de Juan, las llaves del Reino de los Cielos, y terminará el día de la resurrección, cuando el último de los papas devuelva incólumes aquellas mismas llaves a Cristo glorioso, inmortal, sentado a la diestra de Dios Padre.

La muerte de León no produce tampoco escarmiento de la vanidad de las dichas y las grandezas terrenales. Llegado a la suma ancianidad, en el recinto del maravilloso Vaticano, su aposento y su lecho eran los de un cenobita; pobre su mesa, brevísimo el sueño, ruda e incesante la labor, abrumadores los cuidados, nulo el descanso. Sus íntimos servidores han revelado que muchas veces, después de trabajar la noche entera, le sorprendía el sueño cerca del alba, y se le hallaba sentado ante la mesa, con los codos

(1) Joan., xxi, 15, et seq.

(2) Luc., xxii, 32.

(3) Mat., xxviii, 20.

(4) Sess., iv, cap., ii.



en ella y la frente entre las manos, medio alumbrado por los resplandores intermitentes de la luz próxima a extinguirse. Su vestido era la sotana de lana blanca, menos blanca que sus cabellos, que el rostro exangüe, que las trémulas y largas manos de marfil; y flotaba, sin ceñirlo sobre el cuerpo encorvado por la senectud. Sólo los ojos, de viveza y lumbré extraordinarias, revelaban el alma soberana que vivía intensamente en aquella débil envoltura.

Privado de la soberanía temporal desde el principio hasta el fin de su pontificado, vivió prisionero de su dignidad y su conciencia, en su propio palacio; y al morir nada dejó terreno, fuera de su cuerpo venerando: lo trocó por la blanca vestidura espiritual de los que forman cortejo al Cordero de Dios; mudó el cautiverio por la libertad, las inquietudes por la perfecta paz, el Vaticano por el Cielo.

Pensaréis acaso que con semejantes reflexiones empequeñezco al que me he encargado de ensalzar. LEÓN XIII, aun considerado humanamente, fue grande, pero en él la sobrenatural ventaja a la natural grandeza. Dios ha llamado magno al que practique y enseñe el Evangelio. Voy a deciros las obras y las enseñanzas del egregio Pontífice. El asunto es riquísimo y breve el tiempo de que dispongo; el cuadro que debo copiar inmenso y angosta la tela en que es preciso dibujarlo. Dejadme que ponga en primer término algo bien definido, y esfume lo demás del paisaje en vagas lejanías, a que vuestra imaginación dará cuerpo y colorido. En todo caso el mejor panegírico de un hombre es la imposibilidad de elogiarlo dignamente.

I

A la muerte del Sumo Pontífice Pío IX, el mundo cristiano se cubrió de honda y sincerísima tristeza. Era, en diecinueve siglos, el Papa que por tiempo más largo se había sentado en la Cátedra Romana; había estrechado tanto los vínculos entre el sacerdocio y el pueblo fiel, entre los obispos y el Jerarca supremo, entre las iglesias particula-

res y Roma! Era, además, tan paternal, tan bueno; y tenía un título que le había dado el universo católico y que con nadie comparte: le llamábamos el Papa de la Virgen Inmaculada!

Terminados los funerales, el Sagrado Colegio se reunió en Conclave para elegir nuevo Pontífice; y tres días después el concurso, apiñado ante el Vaticano, vio aparecer en una de las galerías al Cardenal Caterini, quien pronunció con voz vibrante la fórmula sacramental: "Os anuncio una grande alegría; tenemos por Papa al Eminentísimo y Reverendísimo señor Joaquín Pecci, Cardenal Presbítero del título de San Crisógono, quien ha tomado el nombre de LEÓN XIII."

El elegido era ya un anciano de sesenta y ocho años. Nacido de familia ilustre, educado por los jesuitas de Viterbo en las letras humanas y por los maestros insignes de la Universidad Gregoriana y la Sapiencia en las divinas, abrazó, ya sacerdote, la carrera de la prelacia, y rápidamente fue ascendido á gobernador de Benevento, a nuncio en Bélgica, a obispo de Perusa, a cardenal de la Iglesia Romana. Si el tiempo lo permitiera, os diría sus triunfos en la Universidad, sus dotes de gobernante en su legación, sus manejos de recto y habilísimo diplomático, y sus tareas de sabio, y su conducta como obispo modelo, como pastor incomparable!

En los treinta y dos años que estuvo al frente de la diócesis de Perusa, relativamente oculto á las miradas del mundo, jamás pretendió puesto de más importancia y nombradía. Alma fuerte, modesta, tranquila en manos de Dios, jamás se dejó tentar de ambición ni de vanagloria, y evitó, como sabio, la peligrosa ilusión de que en puesto más alto, conseguido por esfuerzo propio, se puede hacer más por la gloria divina y la santificación de las almas. Sabía que, si acontecimientos providenciales no llevan al hombre a los cargos supremos, es señal de que Dios no le ha menester en ellos; y siguió sereno, sirviendo obscuramente al que

no premia la importancia del empleo, sino el modo como se desempeñe.

En el Conclave, cuando entendió que su nombre obtendría la mayoría de sufragios requerida por las leyes de la Iglesia, se dejó sobrecoger de honda emoción; y el cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, que estaba a su lado, recogió del suelo la pluma que tenía el cardenal Pecci en la mano, y que dejó caer a impulso de involuntario temblor. Entonces rogó a sus compañeros que prescindieran de su persona, y a muchas razones que alegó su humildad, añadió esta fundada en su ancianidad y en las graves dolencias físicas que lo aquejaban: "No preparéis á la Iglesia para dentro de pocos meses una nueva viudez; no la exponáis tan pronto a los peligros de una nueva elección!" Como Pedro cuando iba andando sobre el mar, tuvo un momento de desconfianza; oyó luego la voz interior de Cristo que le decía como al Apóstol: *Modicae fidei, quare dubitasti?* (1), y al anunciarse el resultado de la elección, respondió con entereza que aceptaba el Pontificado supremo.

La tarea gloriosísima de Pío IX fue llevar el inmutable dogma cristiano al ápice de su desarrollo exterior, y unificar la Iglesia como nunca lo estuvo desde las edades apostólicas en creencias, en aspiraciones, en afectos. Se la entregó a LEÓN XIII sabia, santa, fuerte interiormente y con aquella hermosura que no aparece por de fuera, y que es propia de la hija del Rey: *omnis gloria filiae regis ab intus* (2); pero divorciada de casi todos los reyes y poderosos de la tierra, que, como dice el salmo, *se congregaron a una contra Dios y contra su Cristo, diciendo: Hagamos pedazos sus ligaduras y arrojemos su yugo lejos de nosotros* (3).

(1) MATT. XIV, 31.

(2) PS. XLIV, 14.

(3) PS. II, 2, 3.

"Hubo un tiempo, escribe LEÓN XIII, en que la filosofía del Evangelio gobernaba los estados. Entonces la fuerza y la divina virtud de la sabiduría cristiana habían penetrado en las leyes, instituciones, costumbres de los pueblos y en todas las clases y relaciones de la sociedad civil; entonces la religión de Jesucristo, firmemente puesta en el grado de dignidad que le es debido, florecía por doquiera, gracias a la protección legítima de príncipes y magistrados; entonces el sacerdocio y el imperio estaban ligados por dichosa concordia y por el amistoso cambio de buenos oficios." (1) En ese tiempo de que habla el Pontífice, la Sede Apostólica era el fundamento del derecho de gentes, el árbitro entre las naciones, el juez sin apelación de las inevitables querellas entre los gobiernos y los pueblos. Aquellas prerrogativas las ejercieron los papas, en toda su plenitud, por cerca de seis siglos. ¡Qué moderador universal semejante a la Sede Apostólica, en quien la ciencia es prenda de acierto; la santidad, de justicia; la debilidad material, de perfecta equidad en la sentencia! Dejó el Papa de ser árbitro, y la paz se conserva entre las naciones a poder de los ejércitos inmensos que las van arruinando por modo lento, pero irresistible; y las disputas entre el soberano y los súbditos se traducen en Europa en las salvajes manifestaciones socialistas, y en esta América, en las sediciones permanentes que nos arruinan y degradan.

LEÓN XIII, apenas coronado, concibió el pensamiento de restituir a la Sede Romana el prestigio y la acción que había tenido en los siglos medioevales; y principió a realizarlo, perdida su soberanía temporal, sin oro en las arcas, sin cañones ni fusiles en los parques, ni escuadras en los mares; y eso en el siglo que no adoró sino dos divinidades: el éxito y la fuerza. Acometió el Pontífice la empresa, puesta la fe en Dios, con fortaleza sobrehumana, con suavidad invencible.

(1) Encicl., *Inmortale Dei*.



Principió por magnificar y robustecer á los que pretendía por amigos. En los combates sangrientos de la guerra, lo mismo que en las incruentas batallas de la paz, quien apoca a su aliado con ánimo de crecer ante la pequeñez ajena, sucumbe sin remedio. LEÓN recordó al mundo, y explicó con lucidez absoluta, y fijó en forma irrevocable la doctrina de Cristo de dar al César lo del César (1); la del mismo Señor ante Pilatos: *No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba* (2); la de San Pablo: *No hay potestad que no venga de Dios* (3); la de la Iglesia en la serie de los siglos; y como consecuencia de ella condenó la que enseña ser lícito alzarse en armas, con ánimo de derrocarlos, contra los gobiernos civiles. Y reduciendo a la práctica su enseñanza, cuando las circunstancias lo reclamaban, impidió a los católicos de España rebelarse contra la monarquía; a los de Francia, desconocer la república; a los de Irlanda, conspirar contra el gobierno de Inglaterra. Los soberanos, que sienten trepidar sus tronos al empuje hervoroso y mal contenido de la revolución que fermenta en las entrañas sociales, vieron en el Papa una fuerza, y, por razón o por instinto de conservación propia, se apoyaron en él; y LEÓN obtuvo, en retorno, las perdidas libertades de la Iglesia. Alemania derogó las leyes opresoras llamadas vulgarmente *de Mayo*; Inglaterra amplió el reconocimiento de los derechos de los católicos; España llamó a las comunidades religiosas expulsadas desde principios del siglo; Bélgica trajo al gobierno al partido católico. Y todo ello se obtuvo sin una acción indebida, sin ningún medio reprobado; sólo con recordar a soberanos y súbditos las máximas eternas cristianas. ¡Cuán cierto es que no hay política mejor que la justicia, ni diplomacia mejor que la verdad!

(1) Luc., xx, 25.

(2) Joan., xix, 11.

(3) Rom., xiii, 1.

Procediera la Iglesia de otro modo, minaría su propia autoridad. La potestad civil y la eclesiástica vienen ambas de Dios, como de fuente suprema, aunque por caminos diversos; y el que desconoce los derechos de la una, pronto se substraerá a la obediencia de la otra. La Revolución Francesa de 1789 empezó por una protesta contra los abusos del trono y acabó por derribar los altares.

El Pontífice que con tanta entereza defendía los derechos de los soberanos, no podía hacer menos con los de la Silla Apostólica sobre sus dominios temporales. Había sido coronado no sólo Papa, sino Rey; no con una, sino con tres coronas. No era monarca, como dijo alguien de Enrique IV, por derecho de conquista y por derecho de nacimiento, sino por derecho de donación y por derecho de sufragio. Los Estados Pontificios no son de la persona del Vicario de Cristo, sino de la Sede Romana, del mundo católico, que tiene pleno derecho a que su jefe disfrute de la libertad que necesita para gobernarlo. Desde su primera encíclica renovó ya LEÓN XIII las protestas de Pío IX contra las usurpaciones piamontesas; y para unir la acción á la palabra, se constituyó prisionero voluntario en su residencia, y nunca salió de ella en los largos veinticinco años de su reinado. Bien sé que hay hombres que sonríen al oír hablar de la prisión del Papa, porque piensan en la amplitud y esplendideces del Vaticano; porque saben que la escala regia que da a la columnata de San Pedro está franca noche y día para el Pontífice. ¡Pobres almas que no sólo no estiman la santa, la dulce libertad, sino que ni siquiera la conocen, e imaginan que sea consuelo al que la pierde el dorado que cubra los muros de la cárcel! Almas ignorantes de que a un hidalgo, a un cristiano, a un rey, a un sacerdote, le son más obstáculo las leyes del respeto y el decoro que las gruesas cadenas fijadas a la piedra, y que las paredes de granito, y que las puertas guardadas por centinelas redoblados!

Cuando se hizo patente el resultado de la política de LEÓN XIII, en favor del prestigio de la Santa Sede, fue en las solemnidades del Jubileo sacerdotal del Pontífice supremo. Jamás, acaso, desde que el mundo existe se había visto un movimiento igual para glorificar a un hombre. Gobiernos y pueblos se apresuraron a enviar cartas y embajadas y peregrinaciones y dádivas espléndidas: católicos y protestantes; y los de Oriente, separados hace diez siglos de la obediencia de Roma, los discípulos del Corán, los adoradores de Brahma, los que creen en las doctrinas de Budha, los que todavía adoran ídolos; los países de Europa refinada, las repúblicas de una y otra América, las petrificadas asiáticas naciones, las hordas recién descubiertas del Africa central. Vinieron dones del Asia Menor donde estuvo la opulenta Tarso, de las islas oceánicas, de las tribus árabes errantes, de Abisinia, que se gloría con sus monarcas descendientes de la Reina de Sabá. *Reges Tharsis et insulae munera offerent, reges arabum et Saba dona adducent* (1). Fue una nueva Epifanía, manifestación de la gloria de Cristo ante las naciones; visita de los reyes, homenaje a la divina humildad, no en la persona del niño recién nacido en Belén, sino en la del anciano, Vicario de aquel niño, que es Dios.

Con los dones incontables que recibió LEÓN XIII formó aquella maravillosa exposición, testimonio de la veneración del orbe, y certamen de todos los adelantos del género humano en letras, ciencias, arte, industria e inventos portentosos. Todas aquellas riquezas volvieron a esparcirse por el mundo, en forma de regalos á iglesias y establecimientos de caridad de todas las naciones y sobre todo a las misiones entre infieles. En el sitio más noble de la exposición, entre un inmenso joyel de cristal de roca, donde se veían los presentes de los soberanos, irradiaba, como una constelación, el regio pectoral de brillantes, enviado, en nom-

bre de la nación entera, por el presidente de Colombia. ¡Cómo nó, si a nuestra patria amada dio LEÓN XIII las pruebas más delicadas de paternal cariño! Olvidó pasados extravíos, abrióle con amor los brazos, y celebró con ella, precisamente en los días del Jubileo papal, la convención vigente, en que llevó el Pontífice la condescendencia con nosotros hasta el preciso límite de sus sagrados deberes de pastor. Al recordar aquel acto, ¡cómo olvidar a los colombianos que fueron parte a la reconciliación de la patria con la Iglesia! Permitidme que, a los diez años de muerto el presidente que llevó a cabo la transformación y sancionó el concordato, tribute una vez más, desde este púlpito, homenaje de respeto y gratitud a su memoria.

LEÓN XIII nunca se ha olvidado de nosotros; y cinco diócesis nuevas, tres arquidiócesis, un vicariato apostólico, y el título, raras veces concedido, y los honores de Primado de Colombia otorgados al Arzobispo de Bogotá, son muestra de su dilección a esta república, descarriada a veces, pero católica hasta el alma.

¿Veis cómo ya los reyes no se contentan con enviar sus embajadores, sino que van en persona a rendir homenaje al Vicario de Cristo? No son únicamente los monarcas católicos; son el de Suecia y Noruega, el de Inglaterra poderosa; dos veces el Emperador de la vencedora Alemania. Ni habréis olvidado tampoco cómo aquella nación puso en manos de LEÓN XIII su disputa con España en el asunto de las islas Carolinas; y cómo, aunque el fallo fue favorable a su rival, lo acató respetuosa, agradeció la mediación y condecoró con la más noble de sus cruces al Secretario de Estado del Pontífice.

El que, sin conocer la vida y carácter de LEÓN XIII, me haya seguido hasta aquí, podrá imaginar, por lo que he dicho, que fue el Pontífice egregio cuya muerte estamos deplorando, político terrenal, adorador del éxito, adulador de los grandes, despreciador de los humildes y peque-

(1) Ps., LXXI, 10.

ños. Todo lo contrario. Papa quiere decir padre, y el Obispo de Roma es Vicario de Cristo, nacido en un pesebre, enviado por Dios, su padre, a evangelizar a los pobres, hijo adoptivo de un carpintero, en cuyo taller trabajó para ganar el pan con el sudor de la frente; amigo de los niños y de los humildes y de los pecadores arrepentidos; elector de sus apóstoles entre la clase ínfima de la sociedad judía, muerto en cruz, sepultado de limosna; y que no se presentó en el pretorio de Pilatos y en el palacio de Herodes, sino llevado por soldados, en calidad de reo, con las manos atadas con cordeles. El sacerdote no puede buscar el trato de los reyes, sino para abogar por los intereses de los súbditos, ni ser amigo de los grandes sino para servir a los pequeños.

LEÓN XIII fue el Papa del pueblo. Su mesa costaba de dos a tres liras por día y sus limosnas ascendían a tres millones por año. En los primeros días de su reinado, conmovido con la suerte de la heroica e infortunada Irlanda, le envió no un simple nuncio, sino al eminente Cardenal Franchi, Secretario de Estado, a que palpara las necesidades y miserias, aliviara a los pobres, fortaleciera a los débiles, hiciera saber a los católicos hijos de Erín, que el Papa apoyaba sus reivindicaciones y anhelos, pero rogándoles que se mantuviesen en el terreno constitucional que su libertador O'Connell, el egregio, les había enseñado con palabras y ejemplos. No hubo en la redondez de la tierra miseria ni infortunio a que el Pontífice no acudiese con palabras de amor y auxilios materiales eficaces. ¡Si ni sus mismos enemigos pudieron librarse de sus esfuerzos misericordiosos! Cuando el ejército italiano sucumbió en Adua, y cayó prisionero, casi en su totalidad, en poder del Rey de Abisinia, LEÓN XIII sintió que eran europeos en manos de africanos, católicos, obligados al servicio militar, en poder de cismáticos, nativos como él de la Península italiana, con madres, con hijos, con esposas, sumidos en hondísimo pesar; oyó el grito de Jesús crucificado: *Pater dimitte illis*,

non enim sciunt quid faciunt (1), y escribió al Negus Menelik aquella carta admirable, palpitante de emoción y de lástima, a que respondió el abisinio en términos tan prudentes, justos y elevados, que se los hubieran podido envidiar muchos gobernantes europeos.

¡Padre Santísimo! No olvidasteis a los pobres negros africanos, hijos de Adán, como los blancos, redimidos también con la sangre de Cristo! Por vuestra iniciativa se suprimió la esclavitud, el crimen nefando de la esclavitud, en el Brasil; y se fundó nueva orden militar en Argelia, la de los Padres blancos, no para recobrar el sepulcro del Salvador, sino las almas que EL rescató con su muerte.

Mas el rasgo dominante de LEÓN XIII, en favor del pueblo, el que lo hizo bienhechor por excelencia de las clases desvalidas, fue su Encíclica *Rerum novarum*, sobre el tremendo problema social. No es de este lugar exponérselo, y sólo diré que sólo dos medios se habían empleado para desatarlo: los escritores socialistas, desde su abrigado y elegante gabinete de estudio, hacían de memoria cuadros horripilantes de las miserias populares, para embravecer las iras contra las clases elevadas; y los gobiernos reprimían, a viva fuerza, las algaradas comunistas, cada año, preparándolas para que reapareciesen al siguiente con nuevo, redoblado encarnizamiento. LEÓN XIII expuso sobria y exactamente el problema por sus dos facetas contrapuestas, hizo justicia a muchos de los reclamos de los obreros infelices; y no se paró ahí. Las hermosas palabras son hojas que se lleva el viento, las frases hechas son metal que suena, campana que retiñe. El Papa señaló el remedio, y lo puso por obra, por medio del episcopado y de sociedades imponentes de católicos. El mal no está extirpado, pero sí aliviado en mucha parte; y se han enjugado muchas lágrimas, corregido grandes abusos, calmado muchos dolores y miserias. ¡Feliz LEÓN XIII, que llegó al Tribunal de

(1) Luc., xxiii, 34.

Dios, si desnudo de grandezas terrenales, vestido de obras buenas y llevando por credenciales las bendiciones de miles de obreros, de millares de familias redimidas !

Si fuera a pintar el cuadro completo del pontificado que terminó, apenas estaría en el principio de mi discurso. Antes que rey, antes que padre de los pueblos, el Papa es pastor de las almas. Las labores que he descrito fueron lo secundario de su vida. Y, sin embargo, pasaré casi sin tocarlas sobre las obras principales de LEÓN XIII. He pretendido caracterizarlo, y me he detenido sobre lo menos común en él con sus augustos predecesores. Lo que dejó sería asunto de otra oración fúnebre más rica de materiales que ésta imperfectísima que estoy procurando hacer ante vosotros.

Ante todo, extendió las fronteras de la Iglesia, o mejor dicho, las suprimió haciendo que se encontrasen las del Oriente y el Ocaso al ensancharse en la redondez del globo. Por gestión directa del Papa ante el Shah, se establecieron cristiandades en la Persia ; penetraron los misioneros, mediante cartas al Hijo del Sol, al interior del vasto Imperio de la China, llegaron a todas las islas de Oceanía, y siguieron de cerca, en el Continente negro, las huellas de Livingstone y las de Stanley.

Doscientas cincuenta y cuatro sedes nuevas fundó LEÓN XIII en el mundo durante su reinado ; pero su esfuerzo más noble de propaganda fue el de atraer á la unidad las descarriadas iglesias cristianas del Oriente. Fundadas por los Apóstoles, ennoblecidas con sangre de mártires, ilustradas con los escritos inmortales de San Atanasio y San Basilio y con la insuperada elocuencia del Crisóstomo, cunas de la vida cenobítica, perdieron, en mala hora, la savia de perpetua juventud que sólo la unión con Roma es poderosa a transmitir, y se conservan hace diez siglos envejecidas, fósiles, sin dar un paso adelante, sin teólogos, sin oradores, sin misioneros. Dos veces, en siglos anteriores, se acercaron a la Sede de Pedro, en los conci-

lios de Lyon y de Florencia, y ambas volvieron a separarlas del centro de la fe la sutileza de entendimiento y las desconfianzas de carácter, propias de los griegos degenerados.

Con mejor consejo, LEÓN XIII fue atrayendo, paso a paso, a poder de persuasión y dulzura, y de la promesa, fielmente cumplida, de conservarles ritos, disciplina y privilegios, grupos más o menos importantes de cristianos extraviados: griegos, armenios, coptos, siros y jacobitas. Fáciles de atender, robustecer e instruir, por lo corto de su número, se han ido agregando unos a otros y son ya ingente muchedumbre ; y la Iglesia oriental, como tronco centenario decapitado por la tormenta, pero hincado con nuevas raíces en el suelo virgen de la montaña, se ha cubierto de frondosos retoños que ya han producido frescas flores y darán, no muy tarde, frutos sazonados. Ni ha olvidado LEÓN XIII los demás pueblos disidentes. Estableció la jerarquía católica en Escocia, en los principados del Danubio, en el Japón ya fuerte y próspero, aunque recién nacido a la cultura y adelantos modernos. ¿No recordáis la profunda encíclica a los ingleses, recibida en la Gran Bretaña con respetuosa admiración ?

El que planta no es nada, y nada el que riega, sino es Dios que da el incremento (1). Por eso puso LEÓN XIII sus obras de propaganda bajo el patrocinio intercesor de los santos que en otro tiempo fueron luz de las naciones, sentadas hoy en tinieblas y en sombra de muerte. Extendió a toda la cristiandad el culto de Agustín, apóstol de Inglaterra ; el de Josafat, oriundo de la que es hoy Rusia europea y mártir de la fe ; de Cirilo y Metodio, evangelizadores de Moravia, Bohemia y Bulgaria, y fundadores de la literatura eslava, tan en boga hoy por su frescura, en el cansado Occidente. Dio el título y culto de doctores de la Iglesia universal a los dos Cirilos, el de Jerusalén, autor

(1) I Cor. III, 7.

de las famosas *Cathecheses*, donde están refutadas de antemano todas las herejías de los modernos tiempos, y el Alejandrino, asertor invicto de la maternidad divina de María; a Juan el Damasceno, precursor de Santo Tomás en el método para enseñar la teología cristiana, y a Beda el Venerable, gloria de la Gran Bretaña, y uno de los que civilizaron la Europa meridional después de las irrupciones bárbaras.

La fe, dice San Pablo, viene del oído; el oído, de la palabra de Cristo (1). Mas, ¿cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? ¿cómo oirán hablar de El, si no se les predica? y, ¿cómo habrá predicadores, si nadie los envía? (2). Penetrado de la verdad de estas palabras del Apóstol, LEÓN XIII multiplicó el número y la calidad de los obreros evangélicos. Fundó en Roma varios nuevos colegios, escuelas y facultades para la enseñanza del clero secular; dio sapientísimas reglas para la dirección de los seminarios, y fue decidido amigo, padre y protector de las órdenes y congregaciones religiosas. Aquí, en este recinto, veo dignos representantes de algunas de esas instituciones sagradas, tan dignas del respeto y el amor de toda alma verdaderamente católica. ¿Cuáles de entre vosotros fueron más favorecidos del Pontífice, cuáles tuvieron en su corazón el primer puesto? Si os fuera dado responderme, todos reclamaríais la preferencia. Vosotros, que lleváis el nombre y seguís las reglas del sapientísimo Agustín, diríais cómo LEÓN XIII dio la primacía a vuestro institutor egregio sobre todos los santos padres de la Iglesia; cómo vosotros tuvisteis en el Palacio Apostólico el puesto más cercano al Vicario de Cristo, en las funciones más tremendas de su ministerio sagrado; cómo uno de los vuestros administró el postrero sacramento al augusto moribundo y le abrió las puertas de la luz sempiterna. Mas, ¿qué no podríais decir, oh hijos de la veneranda religión de predicadores, del Papa del Rosario,

(1) Room., x. 17.

(2) Ibid., xiv. 15,

del que ha hecho de vuestro Angélico Doctor el oráculo del mundo? Contabais al santo anciano en el número de los miembros de vuestra Orden Tercera, que él extendió por todo el mundo, discípulos humildes del santo de Asís, del único que tendrá en su cuerpo, después de la resurrección, las llagas sacratísimas de Cristo. A los soldados de la Compañía de Jesús, vanguardia del ejército de la fe, les devolvió los antiguos privilegios perdidos por la supresión y no renovados, como antes, por los predecesores de LEÓN XIII. Es preciso ser Papa, dijo un día, para conocer el valor y la importancia de los jesuitas en favor de la causa de Dios y de la Iglesia. Los salesianos, beneméritos de la caridad entre nosotros, le atribuyen, con razón, el prodigioso desarrollo de su insipiente instituto. ¿Quién elevó a la gloria de los altares al humilde sacerdote que creó la congregación de los hermanos de las Escuelas Cristianas?

Y al tratarse de las labores de LEÓN XIII, me falta casi todo por decir. Pero basta: es preciso aprovechar el corto tiempo de que aún disponemos para hablar del maestro, del doctor universal. *El que enseñe, será llamado grande. Los que educan en la justicia a muchos, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades* (1).

II

Jesús, Verbo de Dios, hecho carne, es no sólo Redentor del linaje de Adán, sino *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (2)

Al constituir á San Pedro Jefe de la Iglesia no sólo le confió el cuidado de apacentar la grey, sino el de confirmar en la fe a sus hermanos (3). Antes de subir al cielo, dio, como postrera recomendación, al pastor supremo y a los

(1) Dan., xii, 3.

(2) Joan., i, 9.

(3) Luc., xxii, 32.



pastores secundarios, la que en estas palabras se contiene: *[Predicad el Evangelio a toda criatura (1)]*.

El sucesor de Pedro es infalible en su enseñanza; así lo dice la Escritura, así lo definió el sacro Concilio del Vaticano. Mas esta prerrogativa no se extiende a que Dios inspire al Papa en la elección de los asuntos, ni en la forma que dé a sus enseñanzas. Se limita a preservar al Pontífice Sumo de cualquier error, "cuando hablando *ex cathedra*, esto es: desempeñando para con todos los cristianos sus oficios de pastor y de doctor, con su autoridad apostólica suprema, define que alguna doctrina relativa a la fe o a las costumbres debe de ser creída por la Iglesia universal" (2). Fuera de la inmunidad de todo error, los documentos emanados de la Sede Romana llevan el sello del talento, la ciencia, la discreción, la caridad de cada uno de los vicarios de Nuestro Señor Jesucristo.

En LEÓN XIII podemos, pues, examinar y admirar libremente, salva la adhesión a sus doctrinas, la elección de las materias que trata en las encíclicas; la forma, la vida interior que anima los pensamientos, las palabras y frases con que los expresa exteriormente. En suma, los asuntos, el estilo, el lenguaje. No trató doctrinas meramente especulativas; vio, sondeó las llagas de la humanidad y les puso remedios eficaces: unas veces el bálsamo que consuela, otras veces el cauterio, el hierro enrojecido que penetra hasta la medula de los huesos. Cada siglo tiene sus errores que el Maestro universal debe corregir, y el nuestro se preocupa, sobre todo, del origen del poder, de las relaciones entre la familia, la Iglesia y el Estado, los derechos de cada uno de ellos, los límites de la libertad civil, los problemas fiscales y económicos. Las cartas de LEÓN XIII contienen un tratado completo; insuperable, sobre tan hondas; tan interesantes materias.

(1) Marc., xv, 15.

(2) Conc. Vatic. Sess. iv, cap. 4

No esperéis unos, no temáis otros, que vaya a hacerlos el análisis de las encíclicas papales una a una: no se me ha encargado un estudio científico, sino un elogio fúnebre; no estoy hablando en la cátedra, sino desde el púlpito; no en el recinto de una academia, sino en la nave de una iglesia. Veo aquí hombras eminentes en doctrina; pero no han venido en calidad de eruditos, sino en su carácter de cristianos; y habrá aquí también almas indoctas; y el predicador de Cristo se debe a todos, y más a los pequeños, a los ignorantes, que a los poderosos y a los sabios.

Dos son las fuerzas que dan vida a la humanidad: la tradición y el progreso. Muchos las juzgan antagónicas, rivales; y los espíritus estrechos se proclaman defensores de una de las dos con rígida exclusión de la otra. ¡Pero si no son enemigas, sino aliadas; pero si cada una es base y al mismo tiempo complemento de su hermana!

Progreso, como el origen de la palabra lo indica, es marcha hacia adelante; y requiere punto de partida, término de llegada; movimiento que, alejándonos del primero, nos acerque al segundo. Aquella otra teoría, novísima aquí, desacreditada ya en el mundo científico europeo, que hace consistir el progreso en una mudanza perpetua, que de ninguna parte viene y no va a parte alguna, es delirio de cerebros enfermizos más bien que pervertidos. ¿Cuánto has avanzado, oh caminante, en tu viaje, si has olvidado la ciudad de donde saliste, si ignoras a dónde te encaminas? Acaso debas dirigirte al septentrión y llevas meses de caminar hacia el mediodía, y cada milla que crees adelantar es una milla que te aleja del fin de la jornada.

La tradición es, en el orden intelectual y en el moral, lo que la inercia en el físico. La fuerza de un cuerpo está en relación directa con su peso; y el cuerpo, cuanto más pesado, es más inerte. Con pajas que dan vueltas en el aire no se construyen fortalezas; con leves plumas, lanzadas a guisa de proyectil, no se derriban murallas almenadas.

Los baluartes se levantan con inertes moles de granito, y se derriban con balas inertes de cañón.

Al contrario, ¿de qué sirven los cantos, sin arquitecto que los alce y los úna? ¿Qué ofensa son los proyectiles de acero, sin la expansiva pólvora que los lance? El artillero calcula la fuerza inicial de la bala, la inercia que retarda la velocidad y la distancia a que se halla el blanco vulnerable. La acertada combinación de esos datos le asegura éxito infalible.

Desde LEÓN X no había existido Papa más progresista; desde San Gregorio VII acá no hubo Pontífice más tradicionalista que LEÓN XIII. Entendió, como nadie mejor, su oficio de representante de Cristo, que anunció que el cielo y la tierra pasarían, pero su palabra jamás (1); que no se mudaría una jota, un ápice de la ley antigua (2); pero que dice también: *Ecce nova facio omnia* (3). Hago nuevas todas las cosas; y se llama *el principio y el fin, el alpha y la omega* (4).

Quiso LEÓN XIII al clero de todas las naciones docto en letras y ciencias humanas, instruido en los problemas sociales, superior a los laicos en todos los ramos del moderno saber; y recomendó en los seminarios la conservación escrupulosa de la antigua disciplina; y quiso que fuera base de adelantada cultura el estudio de los autores antiguos, y fundó en Roma el *Pontificio Istituto di Alta Letteratura*, para enseñar a fondo los clásicos griegos, latinos é italianos.

Sabía a maravilla lo que la filosofía contemporánea ha logrado alcanzar, ayudada por las ciencias naturales, en el conocimiento de las facultades del hombre, en el del origen y formación de las lenguas, en el de las leyes que rigen la riqueza, en el que determina la marcha de las so-

(1) Matt., xxiv, 35.

(2) Ibid., v, 18.

(3) Apoc., xxi, 5.

(4) Ibid., 6.

ciedades y el porvenir de razas y de pueblos; y para que el católico, el sacerdote no ignore uno solo de tamaños progresos y aventaje en saberlos a todos los demás hombres, recomienda, impone el espíritu filosófico de Santo Tomás de Aquino. Se obedece el impulso de LEÓN XIII, y, a poco, *ve Pasteur en el microscopio, las leyes supremas del mundo descubiertas à priori por el Angélico Doctor.*

Cuando determina el Papa afrontar el tremendo problema de la pugna entre el capital y el trabajo, propone y pone por obra el restablecer los gremios de trabajadores propios de la Edad Media; para aumentar y refrescar la devoción a María Santísima, predica, no en una, sino en veinticinco encíclicas la vetusta devoción del Rosario, y recomienda como paliativo a la sed inmoderada de riquezas, la Orden Tercera franciscana.

Al propio tiempo que acepta como buena la forma republicana de gobierno, que obliga a los católicos franceses a acatarla, sin perjuicio de procurar, por medios pacíficos, la reforma de las leyes injustas; después de que enseña que “preferir un gobierno templado, de formas democráticas, no es contra el deber”; porque “con tal que sea de suyo idónea para el bien de los ciudadanos, la Iglesia no rechaza forma alguna de gobierno” (1), establece que toda potestad civil es de derecho divino, desde el autócrata de las Rusias hasta el presidente de la poderosa y libérrima república de Norteamérica, y da muerte a la soberanía popular con estas graves palabras: “Por la elección (en las democracias) se designa la persona del gobernante, no se le confiere el derecho de gobernar, no se constituye la autoridad, sino se decide quién debe ejercerla.” (2)

Descubre LEÓN XIII y restaura, en el Vaticano, los *apostentos Borgia*, pintados al fresco, hace cuatro siglos, por el Pinturichio, y los ilumina con luz eléctrica instalada por el Pontífice en el palacio todo; construye la nueva

(1) Encicl. *Libertas*.

(2) Encicl. *Diuturnum*.

iglesia de San Joaquín y rehace el ábside magnífico de San Juan de Letrán; celebra el centenario vigésimo de Virgilio, y felicita al novelista Sienkiewicz; se apoya en lo pasado y vuela hacia lo por venir.

Personalmente sabio y eminente sabio en letras humanas; filósofo profundo, varón teólogo, consumado canonista, dotado de talento insigne especulativo y de genio adivinador en lo práctico, figurará en la historia entre los papas más señalados como sabios. Su estilo es claro como su entendimiento, elevado como su carácter, puro como su vida, ordenado y metódico como su gobierno. El lenguaje de sus encíclicas es, dicen los que saben, elegantísimo, digno de Bembo o de Sadoletto, inusitado por su sabor romano antiguo, en los pontificados anteriores. Algunas encíclicas, afirman los doctos, se acercan al imponente período ciceroniano; otras tienen el corte breve y sentencioso de Tácito, según el secretario que redactaba el bosquejo del documento pontificio. En uno y otro caso, la prosa tiene ciertos giros, ciertas frases que acusan la mano maestra del Pontífice, la garra del león.

Fue poeta latino de veras admirable, y vate nunca caído de su brillo y frescor primitivos. Su último canto, *Suprema Leonis vota*, es tan perfecto como sus versos juveniles, y, según me parece, más jugoso, más sentido, más lírico que ninguno de los anteriores.

Pero ¿qué todo ello para la vida eterna? ¿Qué habría aprovechado a LEÓN XIII ser sabio, y poeta, y diplomático, y gobernante egregio, si no hubiera sabido la ciencia de la salvación? *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiat?* (1). LEÓN XIII fue mayor por sus virtudes que por sus méritos naturales; enseñó más con ejemplos que con palabras.

Varios escritores ajenos a la fe, y algunos católicos poco atentos a las enseñanzas divinas, han afirmado, con ánimo

(1) Matt., xvi, 25.

de glorificar a LEÓN XIII, que él reconcilió la Iglesia con el mundo moderno. ¡Oh! no es verdad. Su tarea fue la de reconciliar el mundo moderno con la Iglesia. Lo eterno no trata de acomodarse a lo transitorio; ni la verdad absoluta a verdades parciales y pasajeras hipótesis; ni la inteligencia de Dios a la flaca razón humana.

Al ver que la política del Pontífice no siempre produjo los resultados inmediatos que de ella se esperaban, ha habido quien la juzgue desacertada. Los mundanos que hoy son y mañana no parecen necesitan trabajar para lo presente; Pedro, que no muere, mira muy lejos, a lo por venir. Gobiernos, sistemas, todo pasa; pero en el siglo XXI el ejemplo de LEÓN XIII enseñará cómo debe celebrarse la alianza estrecha y cordial del Papado con la forma de gobierno que acaso tendrán entonces todas las naciones de la tierra. *Los días del hombre se marchitan como el heno* (1). *La verdad del Señor permanece para siempre* (2).

¡Qué gozo el del maestro infalible de la verdad, cuando se alzaron ante él las puertas eternas, al contemplarla cara a cara en el entendimiento divino, en quien nada se refleja, porque es el arquetipo que se refleja en todo lo que existe!

El hombre no es espíritu puro; y LEÓN XIII quiso disponer de su cuerpo, que tornará a unirse con el alma el día de la resurrección. Dispuso en vida, como lo hicieron siempre los papas, el lugar y la forma de su sepultura, y el epitafio que debía grabarse en ella.

Dentro de algunos años, el viajero que visite a Roma, se detendrá, en el ábside de San Juan de Letrán, a contemplar la tumba de un pontífice, frente a la del grande-Inocencio III. Sobre el sarcófago, un león de mármol blanco que apoya la mano sobre una tiara, en actitud de defenderla; debajo estas dos líneas:

(1) Ps., cii, 15.

(2) Ps., cxvi, 2.



HIC LEO XIII

PVLVIS EST

Allí el polvo; sus grandes hechos, en la historia; su doctrina, en el depósito de la tradición; su alma inmortal, en el seno de Dios.

Reforma ortográfica

Desde el presente número adoptamos la propuesta por la Real Academia Española en la última edición de su Gramática. Consiste en no marcar con acento o tilde la preposición *a* y las conjunciones *e*, *o*, *u*. Ya don Miguel Antonio Caro la había practicado en sus últimos escritos. Esta reforma es lógica: estas palabras son monosílabas, y no hay otras con qué pudieran confundirse. Conservaremos el acento sobre la conjunción *o* cuando vaya entre dos números, para que no se tome por un cero: 4 ó 5. Sin la tilde, podría leerse cuatrocientos cinco.

Un sudamericano

Con este rubro, y suscrito por don Carlos de Laet, hemos hallado en el número 225 del *Jornal do Brazil*, correspondiente al 13 de Agosto último, un interesante boceto biográfico que no hemos vacilado en traducir y dar a la estampa, con el objeto de hacerlo conocer de nuestros compatriotas, por tratarse en él de un eminente colombiano—casi desconocido entre nosotros,—y que, en sentir del autor, “*honraria qualquer paiz do mundo*,” y también por los benévolos conceptos que encierra respecto de nuestra amada Colombia.

Dice así:

“Ignoro si en Santiago, Caracas, Quito o Santafé de Bogotá, son conocidos—a lo menos de nombre y por sus obras—algunos de nuestros hombres de letras y de cien-